

Amador Carcelén Bustamante: ¿Por qué es él el Maestro?

Roberto A. Accinelli¹

“Fíjense los movimientos que hace con la boca, como si quisiera expulsar el tubo endotraqueal: Es hidrofobia. ¡Este es un caso de rabia!” Manolo Carcelén, externo, y yo, residente de segundo año, nos miramos asombrados, pues era su papá y era mi Maestro. Y siguió: *“Ustedes dicen que es una paciente con retraso mental que vino hace unos días a la Emergencia por un cuadro neurológico del cual se recuperó, que fue catalogado como traumatismo encéfalo craneano. Ahora ustedes la han colocado en un ventilador por un problema neurológico que le ha causado insuficiencia ventilatoria. Tenía un gato que ha desaparecido. El gato suele escaparse de la casa, y debe haberse peleado con algún perro rabioso, que le ha contagiado al gato la rabia. El gato no ha mordido a la señora, pero al lamerle las úlceras que tiene en las piernas le ha transmitido a esta mujer la rabia. La rabia puede tener una evolución bifásica: El paciente se enferma, mejora y luego vuelve a presentar los síntomas.”* Cuál no habrá sido nuestra sorpresa, cuando llegó el resultado: Rabia. Para la reunión de mediodía en que se presentó el caso no faltó nadie. Recuerdo que el Dr. Juan Cabrera me dijo: *“Increíble el diagnóstico que ha hecho Amador. Ni a Johnson”*, quien estaba en esos días en Lima en su acostumbrada visita



Dr. Amador Carcelén Bustamante (1931-2022)

anual, *“ni a mí se nos habría ocurrido.”* Así que, con sólo observar a la paciente y retirar la colcha para ver las múltiples úlceras en ambas piernas, el Maestro hizo un diagnóstico increíble. El Dr. Juan Cabrera Valencia realizó la especialidad de Neurología en la Universidad de Maryland y fue para muchos el más afamado neurólogo del país. El Dr. Richard T. Johnson, *Professor of The Johns Hopkins University School of Medicine*, es considerado el inventor de la Neurovirología.

Sus compañeros de barrio y del colegio recuerdan al Dr. Amador Aquiles Carcelén Bustamante como una persona muy valiente, que no le tenía miedo a nada. Cuando se estaba inaugurando la filial de la Sociedad de Medicina Interna de Arequipa hubo en el Club Arequipa una cena de gala. El invitado de honor fue el ministro de salud de turno quien en su discurso dijo que ya era tiempo de que los

¹ Profesor principal (r). Facultad de Medicina. Neumólogo (r) del Hospital Nacional Cayetano Heredia. Laboratorio de Respiración, Instituto de Investigaciones de la Altura, Universidad Peruana Cayetano Heredia, Lima, Perú.

médicos del Perú se comprometieran a hacer algo por su país. El presidente de la Sociedad Peruana de Medicina Interna le respondió diciendo que contara con los miembros de la misma y que él se comprometía en hacer realidad lo que el ministro y el nuevo gobierno querían hacer en beneficio de los pobres. Todo hubiera ido muy bien si es que al viceministro de Salud, un connotado charapa, no se le hubiera ocurrido decir: *“Amadorcito, ¿podrías hacer un comentario a las palabras del ministro?”* Y el maestro Carcelén, que estaba arremolinado en uno de los cómodos sillones del club Arequipa, continuó inmutable sentado con las piernas totalmente estiradas, con los codos sobre los apoyabrazos y con las manos entrelazadas en las cuales apoyaba mentón y boca, y haciendo caso a su amigo comenzó a hablar: *“Yo no permito que una persona que jamás ha trabajado ni vivido en el Perú, se atreva a decir que los médicos del Perú no hemos hecho nada por nuestro país, por la medicina y por nuestros pacientes.”* Y añadió: *“Todos los acá presentes hemos dejado una exitosa práctica en el extranjero o simplemente hemos decidido ni siquiera salir fuera a hacer la especialidad, para poder conocer desde nuestros años de entrenamiento cómo es la medicina que tenemos que ejercer en el Perú. Nosotros hemos dedicado nuestras vidas a enseñar en las diferentes facultades de medicina, a entrenar gente joven para poder construir el médico que el Perú necesita.”* Terminado el mensaje la cara de asombro de los médicos y de las señoras que estaban allí presentes, fue inimaginable. Éste es el maestro Carcelén, un hombre comprometido con su país.

¿Y cuándo comenzó su compromiso con el país?

Yo diría desde antes de que naciera en la casona de dos patios en la primera cuadra de Paruro, en la calle Penitencia, en los Barrios Altos. No había aprendido las primeras letras cuando vio pasar a una multitud acongojada que llevaba los restos de Felipe Pinglo Alva, el bardo inmortal. Y allí aprendió las primeras letras en la casa de la señorita Josefina para pasar luego al colegio Cristo Rey en la Bajada

de Santa Clara con el Padre Montoya. Después sería el Externado Santo Toribio para en el cuarto grado ingresar al San Agustín. Entonces durante todos sus años de estudios el niño y adolescente Amador Carcelén Bustamante recorría Lima cuadrada para ir a estudiar. Y luego ya joven a la Facultad de Medicina de San Fernando. Y su casa era el centro de las reuniones. La hospitalaria señora Teodora, la madre del Maestro, era una cocinera increíble. Los domingos se repetía con los amigos la rutina: Ver cómo trabajaba el contador Manuel en sus libros con su pluma, su secante y su regla, y estar atentos a cuando tenían que ir a comprarle la cajetilla de cigarrillos.

Pero no sólo don Manuel infundió en su hijo la dedicación al trabajo. Nos recordaba el Maestro, cuando agradeció la entrega de la Medalla de Oro del Instituto Hipólito Unanue, que de su padre aprendió la honestidad. La rectitud. A él al igual que a su padre, no le importaba el dinero. Él estaba seguro de que lo aprendido en casa le había marcado de por vida.

Yo lo vi por primera vez con su pito en la boca, que durante todo el partido jamás tocó sino para sancionar los goles. El nuevo director de Asuntos Estudiantiles hacía de árbitro en la canchita de la UPCH. Años después ya en el hospital descubrí que era famoso porque él hacía realidad al dicho: *O pasa la pelota o pasa el jugador; pero nunca ambos.* Jugué con él en el Club Terrazas, cuando ya andaba por encima de los sesenta años, en donde fue dos veces presidente, y uno de los más entusiastas y queridos miembros del grupo del fulbito, que dejó de practicar cuando cumplió los 70 años, tal como había planificado desde años atrás. Jugaba con gente muy ducha, como Abel Ladrón de Guevara, quien fuera seleccionado nacional. Hinchaba acérrimo del Municipal. Amigo de múltiples conocidos futbolistas, quienes incluso visitaban su casa. Gran aficionado al box. Un grupo de sus residentes regresaron de ver un campeonato en la Bombonera del Estadio Nacional con la

noticia imposible: El maestro Carcelén también era árbitro de box. Fue elegido presidente de la Federación Peruana de Box, pero declinó dejando el cargo a Carlos Pomarino y asumiendo él la Vice-Presidencia. Una de sus preocupaciones fue cómo mejorar la alimentación de los jóvenes boxeadores, en su mayoría de muy bajos recursos.

La primera vez que tuve una conversación larga con el maestro Carcelén fue cuando los miembros de nuestra promoción nos comisionaron, al hoy infectólogo Ernesto Casalino y a mí, a conversar con los profesores de medicina del Hospital Cayetano Heredia acerca de qué esperar en nuestro entrenamiento como externos. Antes de que nosotros pudiéramos hablar, nos dijo: *“Yo tengo que hacerles una pregunta: ¿Qué les ha parecido el curso de Neumología?”* Nosotros le dimos nuestra impresión, y yo le comenté: *“Maestro, su clase del Síndrome de Pickwick fue la mejor del curso.”* Carcelén se sonrió, Ernesto asintió con un movimiento de cabeza, y el maestro añadió: *“En un año o dos estaremos trayéndonos el curso al Hospital Cayetano Heredia. Debe regresar en este año César Villarán de los Estados Unidos y a lo sumo en un par más Andrés Piñeiro. Ambos se están entrenando en enfermedades respiratorias.”* No recuerdo más de esa reunión. Sólo que me pareció una locura el pasar un curso del gran hospital del tórax de Lima a un hospital general mucho más pequeño. No pude estar más equivocado. Pasó de inmediato a ser uno de los mejores cursos de la Facultad y en algunos más a ser calificado varias veces el curso en el hospital Cayetano Heredia como el mejor de todos los de nuestra Facultad.

El Programa de Tuberculosis del Perú ha sido premiado como el mejor del mundo. Se inició como Programa Piloto el año 1972 en el Hospital Cayetano Heredia. Su organizador fue el Dr. Hugo Oblitas, quien a pedido de la Enfermera del mismo, Srta. Rosa Ruiz, lo pasó al Dr. Amador Carcelén. Ella pensó que con sus conocimientos, entusiasmo y prestigio todos los médicos y estudiantes mandarían a los enfermos a tomar

allí su tratamiento. A ninguno de nosotros se nos ha ocurrido jamás que un paciente se puede tratar fuera del Programa de Control de la Tuberculosis. Y mientras en el Perú abandonaba en promedio el 41% de los pacientes, y en algunos lugares el 80%, en nuestro hospital abandonaban apenas un 5%. Es que por desconocimiento probablemente, los médicos no aceptaban el barato tratamiento que se daba 2HSTh 10H2S2, ni que fueran las enfermeras y las técnicas el baluarte del Programa. Lo recuerdo sentado detrás de su escritorio haciendo consulta silbando pasajes de la música clásica que tenía de fondo, Beethoven era su compositor favorito, mientras nos decía: *“La técnica de enfermería conoce perfectamente lo que le está pasando a nuestros pacientes.”* Y dirigiéndose a una de ellas que acababa de entrar al consultorio: *“Julita, ¿cuánto dinero lleva hoy el Sr. Jiménez?”* *“Ocho soles,”* fue la respuesta. Y el paciente sonriendo nos dijo: *“Sólo llevo dos cincuenta.”* A lo que el maestro le dijo: *“Por favor, sáquese todo lo que tiene en sus bolsillos.”* Y para sorpresa de nosotros, y más del paciente, aparecieron los ocho soles que decía Julita.

Cuando a mediados de los ochenta estábamos organizando el Curso Internacional de Epidemiología de la Tuberculosis, para difundir nuestro evento, debíamos estar en América televisión una mañana a las 9. Tuve que ir temprano al hospital, dejar todo arreglado y regresar a la televisora. Al llegar a la esquina de Mariano Carranza encuentro al maestro Carcelén con las manos en los bolsillos, paradito debajo de la cornisa tratando de protegerse de la garúa limeña. Me llevaba esperando casi 15 minutos. *“Disculpe, maestro”,* le dije: *“Tuve que ir al hospital, y regresar.”* *“Sí, me lo imaginaba porque usted justo me lo había anunciado. ¿Y Andrés?”* Le contesté: *“Andrés Piñeiro dijo que no vendría, pues para la entrevista con usted y yo sería suficiente.”* Me respondió: *“Entonces vaya Tito.”* *“¿A dónde voy a ir maestro?”* *“A la entrevista.”* *“Mi respuesta fue: ¡No maestro! ¡Yo he venido a la entrevista para ir con usted.”* Pero él respondió:

“¡No! ¡Ni hablar, Tito! ¡Usted va solo!” Y nos pasamos otros 15 minutos discutiendo. Que vamos los dos, que vaya yo solo. La discusión terminó cuando el Maestro me dijo: *“Cuando yo era joven el profesor Hurtado convocó a su alrededor a la gente más brillante que había. A todos nos enseñó, y cuando lo juzgó adecuado nos soltó y nos hizo volar. Así que Tito, vaya, porque si yo voy, me van a preguntar a mí, y a quien tienen que preguntarle es a ustedes que son los que han hecho el curso.”* Y así tuve que ir a contestar esa entrevista. No me acuerdo qué me preguntaron ni que contesté. Sólo ha quedado grabado en mi corazón que el maestro no enseña con palabras, sino que enseña con sus actos.

El Congreso ULASTER 1993 (Unión Latinoamericana de Sociedades de Tisioneumología y Enfermedades Respiratorias) que se llevó a cabo en Lima, desde el punto de vista académico fue un éxito, pero con salones casi vacíos al inicio de las conferencias. Tuvimos que comenzar varias actividades sin la presencia del presidente, del relator ni del secretario de mesa. Estando ya por terminar el evento el maestro Carcelén muy preocupado me dijo: *“Tito, así no pueden seguir las cosas, hay que cambiar esta situación.”* Pensé que me iba decir: *“Voy a postular para la presidencia de la Sociedad de Neumología.”* Pero lo que me dijo fue: *“¿No podemos nosotros hacer un curso de Neumología?”* Mi respuesta reflejó la sorpresa que me causó su propuesta: *“¿Nosotros, maestro?”* Y prosiguió: *“Esto es una locura. Este congreso es excelente. Acaba de terminar la semana pasada el de Infectología, que nada que ver con el nivel de este congreso. Lleno de gente y aquí no hay nadie. Esto hay que cambiarlo. Hagamos nosotros un curso”.* Y así fue como nació nuestro Curso Internacional de Avances en Neumología y Cuidados Intensivos. Yo iba a las reuniones de la Sociedad de Neumología y me sentaba en un rinconcito. Inmensa fue mi sorpresa, cuando el presidente de nuestra Sociedad, dijo: *“Vamos a hacer nuestro congreso. Y ya saben, todo tiene que estar en orden, todo a la hora, todo*

bien organizado, nada debe de fallar, como en el curso de la Cayetano.” Y ya hace bastantes años que nuestros Congresos de Neumología son un éxito.

Ha bailado tango con su esposa Raquel en salones de Buenos Aires, para lo cual tomó clases en Lima de este baile argentino. También de marinera limeña. Y conoce no sólo la historia de nuestro baile nacional sino todos los detalles del mismo, por lo que ha dado conferencias sobre la marinera. A sus más de 70 años salía a las peñas Don Porfirio y la Oficina a la medianoche para regresar alguna vez con el pan. Por este ahínco ha sido expulsado amigablemente de varias cocinas de restaurantes cuando quería conocer, en una época en que esos secretos no se compartían, cómo obtener mejores potajes. Él estaba orgulloso de preparar un extraordinario cebiche de pato, difícilísimo plato de nuestra cocina criolla. Era un asiduo viajero. Conocía nuestro país y en sus infinitas anécdotas de viaje transmitía al relatarlas su gran amor por el Perú y sus costumbres. *“Todo peruano debe ir por lo menos una vez a la Fiesta de La Candelaria y al Festival de la Marinera de Trujillo”*, sentenciaba. Durante de más de treinta años dedicaba con su esposa varias semanas confeccionando un inmenso nacimiento, que invitaba a sus amigos a ver, sirviéndoles para la Bajada de Reyes los Orines del Niño, típica bebida limeña.

Siempre iba a los mundiales de fútbol. Tenía una increíble colección de partidos de fútbol, incluyendo grabaciones de todos los mundiales, que comenzó a coleccionar en la época del Betamax. Lo que casi nadie sabe es que era un erudito del fútbol. Pocos conocen que el más famoso comentarista deportivo del país se nutría de los conocimientos del Dr. Carcelén sobre el balompié. Este personaje, que no sabía inglés, compraba revistas que no podía leer y se las daba al Maestro, quien le entregaba impecables resúmenes de lo acontecido y de las características de cada jugador, equipo y partido del mundial, que el otro luego presentaba feliz en sus programas de

radio, televisión o columna periodística. En nuestro querido maestro se hace realidad el aforismo: “*El que sólo sabe medicina ni medicina sabe.*” Hacía un geniograma en unos minutos y uno de los difíciles en no más de media hora. Su pasión por la música lo ha llevado a compartirla con sus amigos y a introducir a los no iniciados en la ópera y la zarzuela en las reuniones mensuales que organizaba. La última afición que adquirió fue la floricultura. Tenía catorce variedades de orquídeas en su casa. Fue nuestro prematuramente desaparecido amigo Dr. Isaías Rolando quien introdujo al Dr. Carcelén en este difícil arte.

El maestro Carcelén fue miembro de la promoción Centenario 1956. Cuando terminó su carrera decidió dedicarse a la Medicina Interna. No había un Programa de Residencia en el país. Por tanto, él decidió cómo sería su entrenamiento. Unos meses en un servicio, otros en otro, y así. Buscando las enseñanzas de los mejores. Y haciendo cosas que quizá nosotros no hubiéramos hecho como organizar las historias clínicas del Pabellón I-segunda que estaban tiradas en un cuarto. Y así día tras día fue codificándolas según el sistema americano. Se entrenó en la realización de las biopsias y procedimientos necesarios para hacer un buen manejo de los pacientes, en la lectura de las láminas de las biopsias así como en la de las imágenes obtenidas en radiología.

Participó en la creación de los Programas de Residencia en el hospital Arzobispo Loayza y luego en el Cayetano Heredia. Siempre decía que más aprendía el que menos sabía al ingresar a la residencia. Su objetivo era el que aprendamos al lado del paciente el manejo del mismo, que el diagnóstico saldría en algún momento. Su formación integral y dedicación hizo que tuviera una intuición que pocos llegan a desarrollar. Siempre dispuesto para compartir, participó por años en rondas en los hospitales Naval, FAP y Arzobispo Loayza además de en el Cayetano Heredia, en donde asistió ininterrumpidamente hasta que la pandemia lo

limitó a quedarse en casa. El maestro Carcelén nos dejaba a todos embobados cuando discutía placas. La Conferencia de Tórax se inició en 1980 en las mañanas de los días miércoles y allí aprendimos, los que religiosamente íbamos cada semana, a cómo llegar al diagnóstico a partir de las imágenes radiológicas del tórax. Nos seguimos reuniendo, su obra continúa vigente.

Por supuesto que hay médicos que tienen publicados decenas de trabajos de investigación, que han participado en importantes comités y comisiones, que han sido directivos de sus hospitales, cuerpos médicos, sociedades científicas, del Colegio Médico, de las universidades o clubes sociales a los que pertenecen, pero a los que jamás daremos el título de Maestro.

Cuando preparaba esta semblanza he caído en la cuenta de la importancia que han tenido mis maestros en mis años de estudiante de pre y postgrado. El que como alumnos nos crucemos en el claustro universitario con ese profesor especial, que con una simple palabra, sugerencia, actitud, sonrisa, anécdota o consejo, ya sea en la cafetería, el aula de clases, la playa de estacionamiento, el laboratorio o la sala del hospital, deja en nosotros una huella imborrable que nos cambia la vida es lo más preciado que recibí de mi *alma mater*.

Cuando todavía no había comenzado vida hospitalaria, mis compañeros mayores hablaban en forma reverencial del Maestro, quien era un profesor del Hospital Cayetano Heredia. Han pasado casi 50 años y hoy puedo afirmarles que sí sé por qué los estudiantes de la Universidad Peruana Cayetano Heredia hemos conocido y reconocido como *Maestro* al Dr. Amador Carcelén Bustamante. Y es lo que tratado de plasmar en estas pinceladas de su vida.

Un maestro es alguien a quien tomamos como paradigma y queremos imitar. Recuerdo cuando en una reunión de *Muerte y Complicaciones* uno

de nuestros profesores nos dijo: *“Por favor, está bien que ustedes idolatren al maestro, que algunos traten de copiarle la letra,”* la que era difícil de leer... *“o incluso hasta traten de firmar como él, pero miren, si este paciente falleció es porque hubo un diagnóstico errado. Y no puede ser que porque el residente que hizo la nota en Emergencia escribió ‘el paciente tiene este diagnóstico porque el Dr. Carcelén lo dice’, no haya luego mayor investigación diagnóstica y todos hayan seguido en el error.”* Y comentó luego: *“Yo estoy seguro que no fue culpa del maestro. Lo que probablemente sucedió fue que el Maestro pasó por la Emergencia y el residente probablemente le enseñó la radiografía o algún análisis del paciente y el Dr. Carcelén planteó un diagnóstico al paso.”*

Una de las frases que el maestro Carcelén más repetía era: *“A mí no me crean.”* Y cuando estaba con alumnos de pregrado siempre añadía: *“Sólo crean aquello que ustedes han investigado, aquello que ustedes han leído, aquello que ustedes han visto. Porque nosotros a ustedes los podemos estar engañando.”* Maestro es aquel que sabe que no es dueño de la verdad. Y justamente por no ser dueño de la verdad, va tras la verdad, y trata de infundir en sus alumnos que sean libres, y lo demuestren yendo en la búsqueda de la verdad.

Estoy seguro que la mayor alegría que podría tener el maestro, no es el que yo escriba estas líneas y que ustedes las lean. No. La mayor alegría que él podría tener sería al vernos a nosotros en los próximos años haciendo lo que el Profesor Alberto Hurtado y sus connotados seguidores hicieron por él y por

la gente de su generación, que es lo mismo que él ha hecho con los que nos decimos sus discípulos. Si nuestros jóvenes alumnos y residentes al cruzarse con los hoy sus profesores en nuestro trabajo diario en el Hospital Cayetano Heredia y en la Universidad Peruana Cayetano Heredia sienten el mismo entusiasmo por atender a sus pacientes, por investigar y por resolver los problemas de salud de nuestra injusta sociedad, como nosotros aprendimos del Maestro Amador Carcelén Bustamante, recién podremos decir que el tiempo, esfuerzo y cariño que él nos dedicó han dado frutos.

Termino con las frases que pidió al Dr. Oswaldo Castañeda que pasara al resto de sus muchachos. Para los que no lo conocen este reumatólogo es firme e imperturbable. No veía al Maestro desde varios meses antes de iniciada la pandemia, y cuando lo vio echado en su lecho de enfermo se acercó a saludarlo dándole al Maestro un inmenso beso, haciendo honor al Juramento Hipocrático: *Consideraré a mi maestro de medicina como si fuera mi padre.* Aquí el inolvidable mensaje del Maestro:

“Siempre traté de ser bueno y tal vez hice algo mal, pero siempre con la intención de hacer el bien. En mi vida vi que era el momento en que cambiaran muchos conceptos de la medicina y por eso me esforcé en cambiar una medicina vieja en una medicina nueva. Fue también la oportunidad de crear primero el Residentado de Medicina Interna y segundo el Residentado de Neumología. ¡Abrazos para todos! ¡No estoy molesto con nadie!”